
Crónicas menores. El encuentro de los refugiados españoles con México¹

Dolores Pla

I.

“El que no es agradecido no es bien nacido”, reza un dicho español. Y si nos atenemos a él, habría que decir que los refugiados republicanos españoles que se establecieron en México después de la Guerra Civil fueron hombres y mujeres bien nacidos. Siempre que evocan su estancia en el país que los acogió, la palabra que lo preside todo es agradecimiento, y ésta se traduce y ha traducido en actos. Y es que le deben la vida a México y a los mexicanos, a veces en un sentido estricto y otras, porque México fue el país que les permitió trabajar, desarrollarse como individuos y como comunidad y darle un porvenir a sus hijos; fue el país que les dio respeto y reconocimiento.

Para la mayoría de ellos, México fue primero una palabra mágica que empezó a recorrer el sur de Francia en los primeros meses de 1939 y que significó la esperanza en medio de la derrota y la incertidumbre, del desamparo y la persecución, del desprecio que amenazaba la vida porque destruía la dignidad. El señor José María Muriá, como muchos otros exiliados, recuerda con emoción el momento cuando el gobierno mexicano lo puso bajo su protección, entregándole un documento en el que se decía que estaba aceptado para ir a México y otro, con el que se le otorgaba una pensión: “Esto para mí tuvo un valor extraordinario y siem-

pre, mientras viva, yo tendré el recuerdo éste, del primer contacto con México, cuando yo estaba completamente desamparado y sin patria ni nada ¿no? Tener un documento que decía: ‘Esa persona está aceptada en México y aquí tiene unos centavos para que pueda atenderse’ [...] Esto es grandioso, simplemente, y nadie lo puede valorar más que el que lo ha vivido”.²

Antes de eso, México significaba muy poco para la mayoría de los españoles. José de la Colina escribe, refiriéndose a las letras hispanas:

La conquista de México y los primeros tiempos de la Nueva España dejaron páginas españolas admirables. Antes de que se apaguen los Siglos de Oro, las letras de la Península empiezan a guardar silencio en torno a las tierras americanas: Ni siquiera las luchas por la independencia de éstas cambian sustancialmente tal situación, que en el siglo XIX es ya una “conspiración del silencio” casi total. [...] De este “ninguneo”, que supongo inconsciente y que tal vez nos explicaríamos mediante una especie de psicoanálisis histórico, se pueden anotar algunas excepciones: las estampas pintorescas que en metro y en rípos escribió Zorrilla durante su estadía como irrisorio poeta áuli-

co en la corte de Maximiliano; las páginas críticas que Menéndez y Pelayo, Valera y más tarde Unamuno y Díez-Canedo dedicaron a las letras hispanoamericanas, y ya en nuestro siglo la *Sonata de estío* de Valle Inclán y sobre todo su genial mosaico de realidades latinoamericanas, *Tirano Banderas*; o, fuera de la creación literaria propiamente dicha, las arremetidas panfletarias de Blasco Ibáñez, turista descontento, o el concienzudo ensayo de Sender sobre *El problema religioso en México*. Eso es todo, o casi todo.³

Y si las letras españolas se ocuparon poco de México, entre la gente del común prácticamente no se sabía nada de este país. Ni siquiera el enorme movimiento de población española hacia América que se dio a fines del siglo XIX y principios del XX modificó la cuestión por lo que a México se refiere, ya que fue una porción muy pequeña de esa gran masa humana la que se estableció ahí.

Los refugiados republicanos desconocían prácticamente todo sobre México, los que más información tenían recordaban los nombres de Pancho Villa, o de Alvaro Obregón y Plutarco Elías Calles asociados al anticlericalismo, algún anarquista sabía de Flores Magón... en fin, que había habido una revolución. También se había oído hablar de Cárdenas y la expropiación petrolera y, ciertamente, todos sabían que México había dado su apoyo a los republicanos durante la guerra... pero era tan poca la ayuda que un país pobre podía dar en términos reales, que en honor a la verdad hay que decir que eso tampoco había tenido demasiado peso en su memoria.

¿Qué era México, entonces, para ellos?, un país que estaba al sur de los Estados Unidos⁴ del que, en medio de la desinformación casi total, se tenían malas referencias. Lo que se decía era que se trataba "...de lo más malo, que era un país desafortunado, sucio, hambriento, lleno de revoluciones y sin un concierto legal organizado. Desastres, vaya..."⁵ La ignorancia era tal que el señor García Salcedo, ingeniero de profesión, recuerda: "...no conocíamos

a México ni teníamos idea de México, incluso yo, que tenía la obligación de saber un poco más porque había estudiado el bachillerato y me enseñaron Geografía, Historia y demás, pues yo estaba en la creencia que Texas era México todavía. Dije: 'A lo mejor nos mandan a Texas y allí nos hacemos vaqueros'".⁶

No se sabía qué era México, pero tampoco importaba demasiado, era, de momento, una salida a una situación desesperada. Ya estando en el barco que lo traía a México, el señor Enrique Farauco recuerda: "Yo nomás miraba para atrás y veía de la que me había escapado, porque nosotros en el campo de concentración sí nos dábamos cuenta que la guerra venía (la Segunda Guerra Mundial) y lo que queríamos era huir a donde fuera, hasta Australia si fuera preciso... Algo que no tuviera guerra, que no oliera a pólvora, vaya. Eso es lo que nos interesaba: huir."⁷

Huir... se atraviesa el Atlántico sin saber a dónde se va, pero con la certeza de que lo que haya adelante necesariamente será mejor que lo que queda atrás.

II.

Pero la "conspiración del silencio" y el distanciamiento de todo el siglo XIX no podían borrar tres siglos de historia compartida. Historia que, aunque después se hubiera bifurcado, había dejado en el lado americano del Atlántico rasgos españoles fundamentales: una lengua, una religión, una cultura. Haberlo callado o ignorado no lo hacía menos real. España estaba también, de alguna manera, en América, y los refugiados cuando llegaron a México no podían menos que encontrarla, o que reconocer signos claros que los remitían a la patria que habían dejado, que los remitían a una unidad cultural fundamental.

Por supuesto, la lengua fue uno de los lazos innegables de unidad. De la Colina apunta con respecto a Luis Cernuda, el gran poeta español exiliado, que el encontrarse éste en México con su lengua fue algo que le resultó vital porque —en palabras de Cernuda— "la lengua del

poeta no es sólo materia de su trabajo, sino condición misma de su existencia". Y señala: "¿Cómo no sentir orgullo al escuchar hablada nuestra lengua, eco fiel de ella y al mismo tiempo expresión autónoma, por otros pueblos al otro lado del mundo? Ellos, a sabiendas o no, con esos mismos signos del alma, que son las palabras, mantienen vivo el destino de nuestro país, y habrían de mantenerlo aún después que él dejara de existir."⁸

El poeta Jorge Guillén recuerda con emoción haber escuchado el español, su idioma, en el ambiente indígena de Oaxaca, haber descubierto, en la vivencia, "la unidad de lenguaje". Una vez en Oaxaca: "[...] por la noche había una reunión en la plaza y hablaba el gobernador civil, y estaba lleno de indios con sus sombreros y se dirigía a todos en español, me gustaba mucho porque toda aquella gente, aquellos indios que estaban allí, aquellos campesinos ¿verdad?, se les hablaba en la lengua mía, que era exactamente igual. Una unidad de lenguaje, vamos".⁹

Encontrarse con un país con el que se compartían elementos de la propia cultura y la lengua en primer lugar, era encontrar un espacio en el que el alma, la vida toda, podía moverse con más libertad. La señora Dolores Duró dice de su llegada a México: "La emoción tan grande que tuve yo cuando llegué a Veracruz, no se puede explicar, por más que lo diga no se lo pueden imaginar. Al salir de un país (Francia)... en primer lugar yo entendía mal el francés, en segundo, que pasamos muchas calamidades, al llegar a Veracruz, aquella alegría [con] que nos recibieron, se me abrió el corazón [...] se me abrió el mundo, parecía que llegaba a mi casa".¹⁰

Este sentir como si se llegara a casa, tenía mucho que ver, desde luego, con el hecho de encontrar inmediatamente señales de identidad común, con una cercanía real que se había construido desde siglos atrás, pero no se trataba sólo de eso, sino que existía también otra cercanía, ésa más coyuntural, dada por el carácter especial de este nuevo encuentro hispano-mexicano. Éste se distinguía del que se había dado previamente a la época colonial

mexicana y también del que se había suscitado en México durante el siglo XIX.

El poeta refugiado Pedro Garfias, en el barco en que viajaba hacia México escribió estos versos:

Como en otro tiempo por la mar
salada te va un río español de sangre
roja, de generosa sangre desbordada.
Pero tú eres esta vez quien nos conquistas
y para siempre, ¡oh vieja y Nueva España!

Efectivamente, esta migración de españoles a México era de un carácter distinto, ya no se trataba de conquistadores, como en otro tiempo, sino de conquistados, como dice el poeta, conquistados por la benevolencia mexicana; ya no se trataba de vencedores, sino de vencidos dispuestos a escribir una nueva historia. El señor Claudio Esteva Fabregat, al evocar su llegada a Veracruz, lo explica de la siguiente manera:

Cuando llegamos, para nosotros fue un día de felicidad suprema. Me acuerdo que había una gran cantidad de jarocho esperándonos en el puerto, que había unas autoridades, pero especialmente para nosotros fue importante el recibimiento sindical, fue un recibimiento popular [...] Me acuerdo que bajamos las escaleras, había música de todas clases [...] Bailó y yo seguíamos siendo íntimos amigos, bajamos los dos juntos y a cada uno de nosotros nos tomaron grupos de gente del pueblo y nos llevaron "a la mexicana", a beber, a beber. Yo recuerdo que a Bailó y a mí nos llevaron a una cantina, pero así, eran grupos de tres, cuatro mexicanos, eran jarocho todos, o sea, era gente vestida humildemente con sus camisas y sus driles, y con los cuales nos sentíamos altamente solidarios. Y nosotros no sabíamos prácticamente nada de México, lo que sí sabíamos era de la hostilidad de la colonia española, del antiguo residente respecto de nosotros. Entonces, ésta, para nosotros era nuestra gente, éste era nues-

tro pueblo y fuimos con ellos.. Y yo recuerdo que a tal hora teníamos que volver para comer, pero aquella gente sólo bebía y empezamos a tomar cervezas [...] pero no era una cerveza, eran dos, tres, cuatro, cinco. Yo recuerdo que no sé cuantas cervezas debía llevar y era todo hablar de que “camarada” y “compañero”, con una gran cordialidad, una cordialidad exuberante, con un afecto... una cosa. Quizá nos veían como aquel español que nunca habían conocido, es decir, era aquella España que ellos nunca habían tratado, ellos habían tratado una España, digamos, histórica, una España de conquista, una España de vencedores y ahora recibían ellos a una España de derrotados, o sea, de vencidos. Pero de vencidos también por aquellas mismas personas que quizá históricamente representaban para ellos aquellos que también les habían vencido a ellos. Y nosotros nos habíamos identificado mucho con esa idea también. De manera que nosotros nos estábamos identificando con un país y con unos sindicatos que llegaban y con un partido revolucionario, o sea con el Partido de la Revolución Mexicana, para nosotros era una idea, digamos, muy concreta, era un partido que había hecho la revolución, aquélla que nosotros no habíamos podido hacer [...].¹¹

La cercanía cultural con México y la solidaridad, digamos, política, el estar, mexicanos y españoles, tal vez por primera vez, del mismo lado de la trinchera, se conjugaron e hicieron del recibimiento a estos españoles un recibimiento único. Se puede afirmar sin lugar a dudas que a ningún extranjero se le han abierto las puertas de México con una actitud tan cordial y alegre: “Nos recibieron con los brazos abiertos, una cosa muy emocionante, una cosa que yo toda mi vida la voy a recordar, la multitud aplaudiéndonos, una cosa inesperada, de alegría, de buen humor, de todo; algo grande, ¡algo grande!”.¹² Recibimiento que los refugiados supieron valorar, y que en primer

lugar significaba para ellos la entrada a la libertad. El señor Muriá recuerda una de las cosas más impactantes,

de esas que quedan para siempre, emocionantes: que me recogen la tarjeta, el pasaporte Nansen,¹³ y me dan por los tres —mi mujer, mi hijo y yo— un papelito, una tirita de color azul, una cartulina bristol de unos tres centímetros de ancho y unos diez o doce de largo, me acuerdo muy bien, y en lápiz rojo un número y me dicen: “Llegando a México, cuando quiera, cuando le vaya bien, pase allí a Gobernación y le van a dar la tarjeta de inmigrado [...] No urge, no, ustedes descansen”. Bueno, entonces yo me quedo con este papelito, y acostumbrado en Francia que con un montón de papeles y tarjetas y credenciales y cosas así, no podíamos hacer nada, no podíamos salir de la ciudad, no podíamos trabajar, es decir, no teníamos ningún derecho, ninguna movilidad, le pregunto al jefe de Migración que me dio ese papelito, le digo: “Bueno, ¿y con eso yo qué tengo que hacer y a dónde tengo que ir?” Y me dice —precisamente, lo recordaré siempre—: “Con este papelito, de Sonora a Yucatán, vaya a donde quiera y haga lo que se le dé la gana”. ¡Quedé tan impresionado! Sin fotografías ni nada, un papelito azul y con un numerito. [...] Después de tres años y pico de vivir en Francia en libertad condicionada, y unos límites muy estrechos de movimiento, pues quedé muy emocionado.¹⁴

III.

Pero así como se descubrían elementos comunes de identidad, se generaba un agradecimiento que habría de ser perenne y se saboreaba nuevamente el sabor de la libertad, apareció también, desde el primer momento, la sorpresa y a veces el desconcierto frente a una realidad distinta, nueva para ellos.

Llama la atención que en los testimonios que se han recogido de refugiados españoles, cuando narran su estancia en Francia, difícilmente, si es que alguna vez lo hacen, reparan en diferencias culturales, por llamarlas de algún modo. Se evoca tal vez el desprecio que se sufrió, la miseria que se vivió, los malos tratos, también las solidaridades, a veces el problema que significó no conocer el idioma... pero difícilmente se habla con sorpresa de la comida, de las costumbres o valores, del aspecto de los franceses o del paisaje. A veces hay la impresión de que México es un lugar que rápidamente se hace entrañable en los afectos, pero que siempre tendrá un sabor de lejanía, un dejo de distanciamiento. En cambio, Francia es para la mayoría un lugar de malos recuerdos, al que no es fácil querer, aunque sin duda está muy cerca. Tal vez a eso se refiere, nuevamente, el señor Muriá cuando dice: "La amargura de estar lejos de la tierra es muy grande, y para aquellos que vinieron al Continente Americano más que para los que se quedaron en Francia, porque desde allá se respira una cercanía, un contacto más próximo. Toda comunicación es más rápida, la gente va y viene, el teléfono, la correspondencia... Uno desde Francia no siente la distancia, esa distancia separadora, tan enorme, que hay de continente a continente. Nuestro dolor de la separación es mayor".¹⁵ Y uno se pregunta si esta distancia de continente a continente es nada más geográfica o es también cultural.

A los recién llegados también les saltan a la vista, inmediatamente, muchos elementos que les son novedosos y que eventualmente los separan de esta nueva realidad, de este nuevo espacio, y esos elementos probablemente se pueden resumir en dos denominadores comunes: la presencia del mundo indígena y la pobreza. Pero más aún, los elementos culturales que los refugiados reconocen como comunes, no eran sin embargo idénticos. La lengua misma es un ejemplo. El español en México era "eco fiel" de "nuestra lengua" "y al mismo tiempo expresión autónoma", escribe Cernuda. El mexicano habla el castellano de una forma distinta. José Moreno Villa, otro escritor refu-

giado, pudo decir: "En la emisión de un *pues sí* o un *qué bueno* o *cómo no* está toda el alma mexicana. El tono con que se dicen tales palabras es capaz de desarmar y enternecer. Un español no puede dar esta nota de dulzura y de honda bondad humilde. Nosotros somos más secos, más duros y más orgullosos".¹⁶ Y en este hablar distinto el idioma español está presente el alma indígena. El señor Muriá dice:

El mexicano por herencia indígena es muy fino, muy delicado en sus expresiones, y el "no" rotundo es (para él) una falta de educación y una falta de atención. Entonces yo empecé a aprender que cuando decían *puede que no* ellos querían decir *no*, pero querían decir *no* clara y rotundamente [...] lo que es que su expresión no lo era así. Claro, el gachupín que nunca se tomaba la molestia... o su formación, su educación no le daba para entenderlo, decían: "¡Pero esta gente no hablan claro!" [...] También tenían una prevención a no comprometerse tampoco demasiado rotundamente. Así es que también el *sí* tampoco lo decían, simplemente *sí*, sino *puede que sí, me parece que sí*. [...] Pero simplemente querían decir *sí* y querían decir *no*, lo que es que lo decían de otra forma, pero al fin y al cabo es exactamente lo mismo.¹⁷

Por su parte, la señora Alvarez Ugena recuerda que a su llegada a Veracruz:

Nos asustó un poco la gente, el que nos decían cosas, porque nos decían cosas pero no les entendíamos bien lo que decían, no sé si por el acento jarocho o porque las palabras eran distintas [...] Me acuerdo que fuimos a un sitio para que nos dieran algo para identificarnos. Entramos por grupos, entramos un grupo a un cuarto más o menos como esto, con una puertecita chica, y entra un señor, ¡pero hermoso!, gordito, gordito, y agarra todos los papeles y dice: "Bueno, señores, no me dilato". Y fue la gran carcajada,

porque dijimos: "Si se dilata entonces no pasa por la puerta... Si se dilata ya no pasa por la puerta". Todos al mismo tiempo pensamos igual. Y es eso, la novedad de las palabras que uno no usa o términos ¿verdad?¹⁸

Efectivamente, muchas veces, aunque las palabras fueran las mismas tenían otro significado.

Otra cuestión que llama inmediatamente la atención de los refugiados es el aspecto físico de los mexicanos, el moreno de la piel tanto de los indígenas como de los mestizos no puede pasar desapercibido. La señora Alvarez Ugena dice: "nos asustó un poco la gente", y seguramente no fue nada más porque hablaran distinto, eran distintos también físicamente. Ella misma recuerda, como muchos otros refugiados, que la gente de los sindicatos, que "los habían mandado allí a recibirnos, (iban vestidos) muy de blanquito y (eran) muy morenitos, los vimos muy morenitos".¹⁹ Y la señora Carmen Parera cuenta:

Mi madre no quería venir porque había visto en una geografía a los indios y me decía: "¡Ay, Carmen, aquí me mandas! Fíjate cómo van, cómo le vamos a hacer aquí!", me decía. "No, mamá, es que estas fotografías ya son antiguas, ya no son así, la gente ya está civilizada, fíjate, ya con lo del general Cárdenas..." Le explicaba, ¿no? [...] Y al llegar a Veracruz mi madre vio un indito que pasaba por allá y, claro, descalzo y con los huaraches aquellos, con el pelo largo, mi madre me dice: "¡No que no, Carmen, no que no, mira! [...]" Cuando veníamos en el tren (hacia la ciudad de México), ay, mi madre el susto que tenía cada vez que veía un hombre de aquellos, se me arrimaba y me agarraba del brazo con el miedo de quién sabe qué le iba a pasar, me decía a mí: "¡Sostén bien al niño, no lo dejes, agárralo bien fuerte!" Pobrecita, es que mi madre era muy sencilla, muy buena mujer, pero muy sencilla.²⁰

Desde luego, la impresión de esta mujer, sencilla, no es generalizada, el indígena no necesariamente despierta miedo, puede despertar muy diversos sentimientos, desde conmiseración a simpatía y admiración, pero lo que sí es generalizado es la sorpresa de encontrarse con el "otro" y el reconocerse también como "otro".

La comida mexicana es otra cosa que les llama inmediatamente la atención, aunque está llena de elementos hispanos, encuentran invariablemente en ella también la presencia indígena. Un plato tan común y corriente como un par de huevos fritos, o uno suculento como langosta, se convierten, gracias a la omnipresencia del chile, en lava. El señor Camarasa lo narra así: Llegamos "con unas ganas de comer ya en una mesa determinada, y con el poco dinero que teníamos fuimos a comer con mi señora a La Parroquia. Ella pidió langosta y yo pedí sopa de pescado. ¡Andale!, era tan picante que no podía comerla. Y mi señora me decía: "Nos vamos a morir si ésta es la comida, Jaime, oye, si así comen aquí, ¿cómo lo haremos?" Y, efectivamente, tuvimos que dejar la comida porque no podíamos comerla de tan picante que estaba".²¹ Y el señor Marull recuerda que: "Un domingo quisimos ir, con los tres amigos que íbamos, a celebrarlo, ir a un restaurante. En el restaurant fuimos a pedir un par de huevos, que costaban cuarenta centavos los dos huevos. Y dije: 'Pues ahí, muchachos, aquí hay jitomate, que tiene muchas vitaminas' y pam, pam le echamos jitomate... pero era puro chile. ¡Ay!, agarramos la primera, así, con pan, y nos enchilamos, no pudimos. ¿Qué hacer?, pedir agua para que no nos quemáramos la boca y quitar todo lo que pudimos el chile, pero no dejamos los huevos".²² El maíz, también omnipresente, su textura, su olor, fue un alimento, al igual que el chile, que habría de llevar años aceptar, e incluso que nunca se aceptó. Aun de las frutas tropicales —desconocidas para la mayoría de estos españoles— que resultaban tan atractivas a la vista, se defendieron muchos de ellos, a veces pasarán décadas antes de que se animen a probar un mango, y otras morirán sin haber saboreado un zapote.

La presencia, más que de los indígenas, de lo indígena, se les seguirá apareciendo conforme van dando nuevos pasos adentrándose en el conocimiento del país. Hasta ahora sólo hemos mencionado cómo descubren dicha presencia en el lenguaje, en el aspecto físico, en la comida, que probablemente fueron los impactos más inmediatos, pero a ellos irán sumándose muchos más elementos, que van desde la concepción del trabajo, del tiempo, de las relaciones humanas... de la vida, de la muerte. Se descubrirá, en fin, una cultura propia de México y de lo mexicano, que con todo lo que tiene de español, mantiene innegables elementos que la distinguen.

Sin duda, la pobreza con la que se encontraron en México les llamó poderosamente la atención. Se dirá con razón que los recién llegados no venían de un país rico, y es verdad, y por eso habrá igualmente quienes vean en la pobreza mexicana algo ya “visto y vivido” — dice De la Colina—, refiriéndose otra vez a Cernuda. El poeta evoca de esta manera el encuentro con la pobreza cuando llega a México después de haber pasado sus primeros años de exilio en Inglaterra y Estados Unidos: “Apenas pasada la frontera, en el primer pueblo desastrado y polvoriento, donde viste aquellos niños pidiendo limosna, aquellas mozas con trajes y velos negros, comenzaron a despertar en ti, penosos, los recuerdos. Recuerdos de tu tierra, también pobre y también grave”.²³

Pero la mayoría de los refugiados, a diferencia de Cernuda, no se reconocen en esta pobreza. El señor Angel Palerm recuerda así sus primeras impresiones de México: Veracruz era

un puerto hecho de madera... era el puerto principal de México y era impresionante. Yo lo comparaba mentalmente con el puerto de Ibiza, que es una ciudad de diez mil habitantes, pero con un señor puerto [...] Y luego los zopilotes por las calles haciendo de basureros [...] Era una mezcla muy rara, porque, por un lado, la fascinación del país nuevo, de México, con todas las leyendas de Cárdenas y Pancho Villa y la Revolución... todo revuelto en la

cabeza, más este espectáculo deprimente: la pobreza de Veracruz, la suciedad en ese tiempo, la mayor parte de las calles sin pavimentar y los zopilotes andando por ahí. Y por el otro lado el trópico y las frutas tropicales, yo nunca había comido piña ni había visto un mango... Muy interesante, pero también muy deprimente. Era México entonces un país muy pobre, muy sucio, muy deshecho por lo que fuera, por la Revolución y todos los conflictos. Y sin embargo la gente... en Veracruz tuvimos suerte, porque yo imagino, si encima de toda esa depresión por todas esas cosas, si la gente no hubiera sido simpática, como son en Veracruz, yo creo que busco el primer barco para regresarme, honradamente. Pero los veracruzanos, particularmente los costeños, son de una simpatía muy grande y a nosotros nos trataron muy bien. Es decir, gente perfectamente desconocida, en la placita, ahí, de Veracruz, que llegaban y le preguntaban a uno: “¿Ustedes son hispanos?” [...] “Pues sí”. “Pues véngase a cenar a casa, véngase a comer a casa” [...] Realmente nos trataron, a ese nivel humano, muy bien.²⁴

El señor Faraudo, por su parte, dice: “Nos cayó el alma a los pies. ¡Pácatelas! Vimos Veracruz, sin ni siquiera un empedrado, ni siquiera pavimentado. Con montones de basura enormes por todas partes, con zopilotes comiéndose la basura...”²⁵

La impresión en general no fue buena en este sentido, ni para los que entraron por el puerto de Veracruz, que fueron la mayoría, ni para los que llegaron por la frontera norte. En esos años la provincia mexicana era pobre y atrasada. El camino de Veracruz a México es recordado así por la señora Alvarez Ugena: “Vinimos a México (desde Veracruz) en el tren Interoceánico, espantoso, como los del Oeste, los asientos de cajón de madera... algo espantoso. Mi padre, como buen agrónomo iba viendo las tierras y le daba gran dolor que la mayoría estaba sin plantar, sin trabajar [...] No había luz en la mayoría de los pueblitos que

pasábamos, entonces sí nos desilusionamos un poco”.²⁶

Era en la ciudad de México donde se concentraba gran parte de la riqueza del país y donde se podían ver las señales de la modernidad, y hacia ella se dirigió la mayoría de los refugiados, y aun aquellos que en un principio se establecieron en la provincia pronto fueron a la capital a reunirse con sus paisanos. Porque México era un país pobre pero, tal vez más que eso, cruzado por la desigualdad: México era muchos Méxicos.

A la vez que, recuerda el señor Ceferino Palencia, “México era entonces un paraíso” y se abría “a las dos décadas, [...] de mayor intensidad tanto intelectual, como comercial, como política... las décadas del 40 y del 50”, lo cual es rigurosamente exacto, en el país había también vastas zonas y amplios sectores que no participaban de esta fiesta. El señor Torner, que a su llegada fue enviado a San Cristóbal de las Casas, Chiapas, una de las zonas indígenas más pobres del país, recuerda que: “El SERE (Servicio de Evacuación de Republicanos Españoles) nos pasaba un peso treinta y cinco, o un peso sesenta y cinco, diarios, total que no podíamos vivir sin trabajar. Entonces al querer hacerlo no encontrábamos ninguna facilidad, porque en el campo se pagaban treinta centavos (trabajando) de sol a sol, que es un salario que no permitía vivir a una persona, ni alimentarse una persona. Entonces, en esa ciudad no había ninguna clase de industria ni ningún movimiento comercial importante que pudiera dar cabida a nuestra actividad”.²⁷ Llama la atención que la cantidad que los refugiados recibían como ayuda mínima por sus propias organizaciones de auxilio, fuera cinco veces más que el jornal que recibía en Chiapas un trabajador del campo. Y en general, las condiciones de vida de los trabajadores dejaban mucho que desear. En México los obreros vivían peor que en España. El señor Florencio Santamaría dice: “En España todos los obreros tenían una casa [en la] que no entraba el agua, y no era de madera ni de cartones”.²⁸ Y recuerda lo siguiente de sus primeras experiencias de trabajo en México: “A veces yo, después de

cenar, daba una vuelta por la fábrica [...] antes de acostarme [...] y encontraba algún obrero dormido, sentado allí detrás de la máquina. [...] Y algunas veces se levantaba y me decía: ‘Sí, señor, sí, pero gano dos pesos...’ Me daba la vuelta, ya me giraba, y no le decía nada ¿no? Dos pesos cincuenta representaban varios pesos de aquel tiempo, se compraba alguna cosa, pero no para vivir, ni para sostener una familia”.²⁹

IV.

No cabe duda de que todo lo que separa a los refugiados españoles de México, todo lo que les recuerda que ése no es su lugar, es motivo de sufrimiento. Son elementos que constituirán su nostalgia. Ya desde el primer momento se había generado una tensión: por una parte, el agradecimiento hacia México hace que esos huéspedes deseen sinceramente permanecer cerca de sus anfitriones, y por otra, las diferencias reales que existen entre unos y otros ponen límites precisos al acercamiento.

Pero, paradójicamente, las distancias y las diferencias, que son reales, no pocas veces se exageran, y es que éstas también cumplen una función necesaria y aun beneficiosa para la colectividad refugiada. El que México y los mexicanos sean distintos hace que los recién llegados afiancen su propia personalidad, su propia identidad, que puedan decirse a sí mismo que ellos no son eso sino lo otro, que puedan seguir siendo lo que son y no perderse. Esto se da sobre todo en los primeros años del exilio, cuando la expectativa del regreso a España es el eje sobre el que giran sus vidas y no se puede deshacer el equipaje ni tampoco, por consiguiente, instalarse plenamente.

Y el hecho de que México fuera un país pobre también actuaría en su favor. Recuerda el señor Enrique Faraudo: “Llegamos a un país que hace cuarenta años tenía un nivel intelectual o educativo, o un nivel escolástico, mucho más bajo que el que nosotros traíamos saliendo de España. Esto representó para nosotros una ventaja muy grande porque pudimos hacer un

trabajo que los demás eran incapaces de hacer por falta de educación”.³⁰ Efectivamente, estos españoles que llegaron a México reunían una serie de características que les posibilitaron una favorable inserción a este país pobre, lleno de desigualdades, pero que se abría a un periodo de importante crecimiento económico. Eran individuos que llegaban a México con un capital que el país estaba necesitando urgentemente. No se trataba de dinero, obviamente,

sino del hecho de que eran hombres y mujeres mayoritariamente urbanos, provenientes de los sectores más modernos de la vida española, poseedores de muy diversos saberes y emprendedores. No en balde habían sido protagonistas de un importante proceso de cambio en su país de origen. Ahora, sus conocimientos y espíritu emprendedor se pondrían al servicio de un México que los requería y que a cambio sabrían corresponder en todos sentidos.

Notas

¹ Este trabajo se presentó en el Congreso América 92. *Raíces y trayectorias*, Sao Paulo, 1992. Se escribió apoyándose básicamente en los materiales recogidos en el Archivo de Historia Oral: “Refugiados Españoles en México” (Guerra Civil y Exilio), Dirección de Estudios Históricos del Instituto Nacional de Antropología e Historia de México/Centro de Información Documental de Archivos del Ministerio de Cultura de España.

² Entrevista al señor José María Muriá realizada por Dolores Pla en la ciudad de Guadalajara los días del 16 al 24 y el 27 de agosto de 1979. Instituto Nacional de Antropología e Historia de México, Ministerio de Cultura de España, PHO/10/40, p. 222.

³ José de la Colina, “México; visión de los transterrados (en su literatura)”, *El exilio español en México, 1939-1982*, México, Fondo de Cultura Económica, p. 411.

⁴ Entrevista a Ramón Guillot realizada por Dolores Pla en la ciudad de México los días 25, 29 y 31 de octubre y 12 de noviembre de 1979. Instituto Nacional de Antropología e Historia de México, Ministerio de Cultura de España, PHO/10/47, p. 175.

⁵ Entrevista al señor Enrique Faraudo realizada por Dolores Pla en la ciudad de Guadalajara los días 26, 27 y 28 de noviembre de 1979. Instituto Nacional de Antropología e Historia de México, Ministerio de Cultura de España, PHO/10/68, p. 99.

⁶ Entrevista al señor Rómulo García Salcedo realizada por Dolores Pla en la ciudad de México los días 22 y 29 de marzo y 4 de abril de 1980. Instituto Nacional de Antropología e Historia de México, Ministerio de Cultura de España, PHO/10/56, p. 61.

⁷ Entrevista al señor Enrique Faraudo... PHO/10/68, pp. 99-100.

⁸ José de la Colina, *op. cit.*, p. 413.

⁹ Entrevista al señor Jorge Guillén realizada por Elena Aub en Madrid, España, los días 17, 18 y 19 de octubre de 1979. Instituto Nacional de Antropología e Historia de México, Ministerio de Cultura de España, PHO/10/Esp. 3, p. 68.

¹⁰ Entrevista a la señora Dolores Duró realizada por Dolores Pla en la ciudad de México los días 14 y 24 de

junio de 1979. Instituto Nacional de Antropología e Historia de México, Ministerio de Cultura de España, PHO/10/19, pp. 23-24.

¹¹ Entrevista al señor Claudio Esteva Fabregat realizada por Elena Aub en Barcelona, España, el día 6 de diciembre de 1981. Instituto Nacional de Antropología e Historia de México, Ministerio de Cultura de España, PHO/10/Esp. 29, pp. 114-116.

¹² Entrevista al señor José Marull realizada por Dolores Pla en la ciudad de Guadalajara los días 22, 23 y 26 de noviembre de 1979. Instituto Nacional de Antropología e Historia de México, Ministerio de Cultura de España, PHO/10/63, p. 65.

¹³ Pasaporte libre que la Sociedad de Naciones entregó a los refugiados de la Primera Guerra Mundial, creado por Fridtjot Nansen.

¹⁴ Entrevista al señor José María Muriá... PHO/10/40, p. 277.

¹⁵ Entrevista al señor José María Muriá... PHO/10/40.

¹⁶ José de la Colina, *op. cit.*, p. 417.

¹⁷ Entrevista al señor José María Muriá... PHO/10/40, pp. 308-309.

¹⁸ Entrevista a la señora Sacramento Alvarez Ugena de Herrero realizada por Dolores Pla en la ciudad de México, los días 16 y 18 de abril de 1980. Instituto Nacional de Antropología e Historia de México, Ministerio de Cultura de España, PHO/10/58, pp. 45-46.

¹⁹ Entrevista a la señora Sacramento Alvarez Ugena de Herrero... PHO/10/58, p. 44.

²⁰ Entrevista a la señora Carmen Bahí de Parera realizada por Enriqueta Tuñón en la ciudad de México, los días 7, 14 y 28 de diciembre de 1987 y 5 de enero de 1988. Instituto Nacional de Antropología e Historia de México, Ministerio de Cultura de España, PHO/10/89, pp. 92-95.

²¹ Entrevista al señor Jaime Camarasa realizada por Dolores Pla en la ciudad de Guadalajara los días 19 y 22 de agosto de 1979. Instituto Nacional de Antropología e Historia de México, Ministerio de Cultura de España, PHO/10/42, pp. 107-108.

²² Entrevista al señor José Marull... PHO/10/63, pp. 65-66.

²³ José de la Colina, *op. cit.*, p. 414.

²⁴ Entrevista al señor Angel Palerm realizada por Marisol Alonso en la ciudad de México los días 1, 13 y 29 de marzo; 5 de abril; 12 de junio; 17, 18, 23 y 26 de julio y 19 y 21 de agosto de 1979. Instituto Nacional de Antropología e Historia de México, Ministerio de Cultura de España, PHO/10/13, p. 225.

²⁵ Entrevista al señor Enrique Faraudo... PHO/10/68, p. 100.

²⁶ Entrevista a la señora Sacramento Alvarez Ugena de Herrero... PHO/10/58, pp. 47-48.

²⁷ Entrevista al señor Francisco Torner realizada por Dolores Pla en la ciudad de Guadalajara los días 29 y 30

de noviembre de 1979. Instituto Nacional de Antropología e Historia de México, Ministerio de Cultura de España, PHO/10/60, p. 64.

²⁸ Entrevista al señor Florencio Santamaría realizada por Enriqueta Tuñón en la ciudad de México los días 16, 24 y 29 de enero, 11, 19 y 28 de febrero, 11 de marzo, 7 de mayo y 2 y 17 de junio de 1980. Instituto Nacional de Antropología e Historia de México, Ministerio de Cultura de España, PHO/10/50, p. 428.

²⁹ Entrevista al señor Florencio Santamaría..., PHO/10/50, p. 427.

³⁰ Entrevista al señor Enrique Faraudo..., PHO/10/68, p. 140.

